

MANUEL ALVAR EZQUERRA (1950-2020)

Catedrático de Lengua Española de la Universidad Complutense de Madrid



Viernes 3 de abril. En pleno encierro por el coronavirus, aplanado y desconcertado por las muertes y contagios que siguen creciendo sin que se vea el final del túnel, me llega un wasap de un buen amigo con este texto: “seguro que conoces la noticia”. En el mensaje se habla de que Manuel Alvar había muerto la noche anterior. Tanto Jose, mi mujer, como yo nos quedamos consternados, conmocionados, pensando que habría sido por coronavirus. ¿Cómo era posible si, por la mañana del día anterior, Manolo y yo habíamos intercambiado, como tantas veces, wasaps? Telefono de inmediato a su mujer, Aurora, que, acongojada, me explica que sí, que se había muerto de repente por un derrame cerebral. Así, sin más, nuestro amigo Manolo había dejado de existir.

Incrédulo aún, busqué en mi memoria nuestro último encuentro. El 18 de diciembre quedamos los dos matrimonios en el Restaurante Bucolía, de Montepíncipe, para degustar un magnífico cocido madrileño. Fue una comida como tantísimas otras. Algunas de gratisimo recuerdo en su casa familiar de Chinchón donde, además de prepararnos una magnífica paella, ejercía de anfitrión en nuestra visita al preciso pueblo madrileño. O en nuestros re-

petidos encuentros veraniegos en Santander. O en ese restaurante pequeño y familiar de su barrio donde preparaban... Manolo era de esas personas que sienten la alegría de vivir, que gozan de la vida y transmiten su entusiasmo. En el que sería nuestro último encuentro personal disfrutamos del buen cocido y del buen vino y luego, en mi casa de Montepíncipe, continuamos una larga tertulia en la que no nos faltaron temas para nuestra charla de amigos. Habló de su proyecto de investigación que aún mantenía en la Complu, aunque estaba jubilado desde 2017. Habló de su futuro. ¿?. Quedamos emplazados para hacer juntos unos viajes a su Málaga tan querida para él y para Aurora y a nuestra Mancha siempre deseada... planes que ya no podremos hacer realidad... Cuando estaba pasando unos días con su mujer en su casa malagueña, la ley de alarma decretada por la pandemia del coronavirus les obligó a quedarse encerrados en Málaga. Y allí, sin avisar, le encontró la muerte.

Manuel Alvar Ezquerro nace en Zaragoza (3-IX-1950). Es el gran impulsor de los estudios de lexicografía en España. Quiero destacar antes de nada que ha sido miembro del Consejo Asesor de LA ALBOLAFIA y también del Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos donde dictó conferencias y organizó y dirigió un importante Curso de Verano de la Fundación -fue Secretaria del Curso la Profesora Titular de Universidad M^a José Castañeda- sobre “Cervantes y el Quijote” en julio de 2005.

Cuando se revisa el amplio y rico *Curriculum vitae* de Manuel Alvar Ezquerro uno se percató de que desde su primera formación su trayectoria está enfocada a la investigación y a la cátedra universitaria. Y es que -no podemos olvidarlo- cuenta con la mano directora de su padre, al que tanto admiraba, que fue una personalidad de relieve en el ámbito de los estudios lingüísticos. Realiza el bachillerato en el INEM «Padre Suárez» de Granada, obtiene la reválida de francés (1968) y al año siguiente ya hace un curso de lengua alemana en el Goethe Institut de Múnich. Obtiene una beca de la Universidad de Estrasburgo (Francia) y, en 1971, forma ya parte del equipo de la primera campaña de recogida de materiales del *Corpus Toponymicum Canariense*. Esta labor la realizaría en otros Corpus o Atlas como el Atlas Lingüístico de España y Portugal. En 1972, es licenciado en Lingüística Hispánica por la Universidad Complutense y es nombrado Lector de Español en la Universidad de Ruan (Francia). En 1973 asiste a Nimega como delegado del Comité Nacional Español, redacción del *Atlas Linguarum Europae*. En 1974 obtiene el grado de doctor en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid y Premio Extraordinario de Doctorado. Alvar completará su formación con una beca de investigación en el extranjero de la Fundación Juan March (1974) y con el nombramiento de lector de español en la Universidad de París III (Nueva Sorbona) donde alcanza el grado de doctor en Lingüística en 1976.

Su carrera docente comienza en 1975 como Profesor contratado Adjunto por la Universidad Autónoma de Madrid. En 1977, obtiene con el n^o 1, mediante concurso oposición, la plaza de Profesor Agregado de *Lengua Española* de la Universidad de La Laguna que le dio acceso en 1980, tras su paso por la Universidad de Málaga, a la cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia en Alicante, trasladándose ese mismo año nuevamente a Málaga. En 1996, tras una nueva oposición, lograría la cátedra de la Complutense donde fue profesor de *Fonética y Morfología* y *Lexicología del Español* y *Lexicografía: Principios y métodos. Los diccionarios del español*.

En los años ochenta desarrolla su investigación y docencia sobre el tema que más le ocupará y gustará, los diccionarios. Contará para ello con numerosa ayuda como la de la Junta de Andalucía en 1986 para elaborar un «Diccionario del andaluz»; de IBM-España (1990), del Ministerio, de la Comunidad de Madrid, etc. Y terminará siendo el gran experto en diccionarios del español. Y cuando está en un momento de plenitud en sus investigaciones le llega la muerte.

La muerte de Manolo me lleva a plantearme nuestra realidad -la temporalidad- que es biface, tiene dos dimensiones, la vida y la muerte. Entendemos la vida como peregrinación. Ortega y Gasset concebía la vida como un gerundio y no como un participio: un “faciendum y no un factum”, un ir haciéndose siempre. Por eso, vivir es envejecer. Vivimos para algo. Ortega diría que la vida humana tiene vocación y Zubiri concreta que la vida es misión. Manolo era consciente de su vocación y de su misión que siempre supo cumplir. Su vocación le convirtió muy joven en Catedrático de Lengua española, lingüista de relieve, reconocido lexicógrafo, máximo experto en diccionarios... En un conocedor extraordinario de nuestra lengua. De su misión deja buena senda con su buen hacer por universidades españolas y extranjeras. Su recuerdo quedará, especialmente, en las Universidades Complutense, en la de Málaga y en la de Alicante. Su presencia en universidades extranjeras comienza en 1975, en Bogotá, Puerto Rico; en 1978 en la State University of New York en Albany (EEUU) y en el Hunter College de la ciudad de Nueva York; en 1984, en la Universidad Católica de Lovaina; en 1985 en Universidad de La Habana, y un larguísimo etcétera en el que abundan universidades italianas como Bérgamo, Milán, etc.

Sus muchas y valiosas obras de investigación convertidas en libros forman ya parte de esos libros imprescindibles que han de utilizar quienes se dediquen a la historia de nuestra lengua. Desde su primera publicación -“Forma y función de los diminutivos en el teatro de los Álvarez Quintero”, de 1973- a su último libro, *La formación de palabras en español* (9ª ed., Arco/Libros, Madrid, 2019) hay muchos trabajos de investigación convertidos en libros. Muchos de ellos son diccionarios, un mundo por el que Alvar tendrá un interés especial. El primero, en 1983, lo publica conjuntamente con su mujer, Aurora Miró Domínguez, *Diccionario de siglas y abreviaturas*. Esta colaboración con Aurora se repetiría en varias ocasiones como en el trabajo titulado “Un desconocido vocabulario de términos de arquitectura” (2007). Entre los diccionarios citaré a título de ejemplo: *Diccionario de voces de uso actual*, Arco/Libros, Madrid, 1994; *Diccionario de madrileñismos. Voces patrimoniales y populares de la Comunidad de Madrid* (2011) y los muchos diccionarios de Vox. Pero quiero destacar *Lo que callan las palabras. Mil voces que enriquecerán tu español* (2014). Especial relevancia tiene su monumental obra con Lidio Nieto, “*Nuevo tesoro lexicográfico del español*” y el portal web denominado *Biblioteca Virtual de la Filología Española* así como su labor como promotor y director de revistas como *Voz y Letras*.

Pero si su faceta intelectual es importante, su faceta humana lo es aún más. Manolo Alvar era un hombre fundamentalmente bueno. Una bondad que desplegaba con la discreción del tímido que era. Una bondad de aparente niño grandote distraído. Pero, además de esta virtud extraordinaria, adornaban a Manolo otras muchas; era un trabajador infatigable que gustaba del trabajo bien hecho, del rigor, de la coherencia; era generoso y fiel a sus princi-

pios... y era muy buen amigo de sus amigos. Esta es la herencia que nos queda a los amigos, a sus hermanos -con los que estaba muy unido- Carlos, Jorge, Antonio, Jaime y Alfredo y, sobre todo, a su mujer Aurora -colega y amiga mía durante tantos años en la URJC- y a sus hijos Aurora y Manolo que siempre podrán tenerle, con orgullo, como referente.

La muerte inesperada pone punto y final a esta actividad pero quedará siempre su semilla sembrada como docente e investigador. Morimos y vivimos a la par, en una relación constante. Los griegos y romanos decían “ha vivido” o “ha cesado de vivir” para referirse a un muerto; nosotros decimos “ha muerto”. Pero nada se acaba con la muerte pues todo está escrito para siempre y en algún lugar se evaluará el cumplimiento de nuestra misión.

Este soliloquio, que es un precipitado adiós y recuerdo de Manolo, no deja de ser al mismo tiempo una “meditatio humanae vitae”, porque eso es la vida y la muerte y no debemos olvidarlo. Pues a fin de cuentas, como escribe Antonio Gala, “la muerte comienza a la vez que la vida: son hermanas siamesas; vivimos muriendo y hemos de procurar morir viviendo”.

Luis Palacios Bañuelos
Director de *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*